

1. Llega el Covid a mi Vida.

El coronavirus llega a España sobre el mes de febrero del año 2020. Y ahí es cuando se nos cambia la vida a todos. Y como no podía ser de otra forma me cambia la vida a mí y a mi familia.

Con la llegada de este “bicho” tan misterioso y temido, por el mes de marzo suspenden los colegios y pocos días después el Gobierno Español declara el Estado de Alarma para la gestión de la situación de la crisis sanitaria ocasionada por el Covid-19.

Viene el confinamiento. Jamás pudimos imaginar que íbamos a vivir algo semejante, algo tan duro, tan dramático, tan violento, tan trágico y triste, e íbamos a sentir con cada célula de nuestro cuerpo, en todo su alcance la palabra Pandemia, cuyo uso habíamos atribuido ya a acontecimientos históricos, creyendo que nunca nos podría pasar a nosotros a día de hoy. ¡Pero nunca digas nunca!

En Marzo nos quedamos encerrados en casa, aislados y lejos de amigos, compañeros de trabajo, de nuestro ocio y lo más importante: de la familia. La mía es grande, tengo suerte de tener todavía a mis padres, tres hermanas, cuñados, sobrinos, a mi maravillosa Mujer (que por alguna razón no quiere que aparezca su nombre) y lo más importante de mi vida: mi hija Sofía.

Es cierto lo que dice el refrán: “no hay mal que por bien no venga”. Y una de las cosas que siempre agradeceré es todo el tiempo que pude disfrutar de mi pequeña y mi Mujer, algo que era complicado por mi trabajo. Esa conciliación de la vida laboral y familiar es un desafío para la mayoría de las personas, incluyéndome a mí. Durante todos estos meses en los que no podíamos salir, fueron momentos de reinventarse, de encontrar formas de entretener a una niña de tres añitos, y nuestra imaginación volaba. Nunca imaginé que fuera capaz de ingeniar tantos juegos y diversión para nuestra peque. Bueno, lo confieso, con la ayuda de mi Mujer, parecía que ya no había más cosas a que jugar, pero ella, como una hada, hacía magia y siempre aparecía un nuevo invento o una nueva idea para divertirnos. Vi crecer a nuestra hija de día a día y sin

Cuando el Covid tocó a mi puerta

El coronavirus arribó a España en febrero de 2020, transformando por completo nuestras vidas. Al igual que las antiguas pestes que asolaron a Europa en la Edad Media, esta moderna plaga se deslizó silenciosamente entre nosotros, dejando a su paso desolación y temor.

Como un vendaval inesperado que altera destinos, este torbellino sacudió los cimientos de mi vida y la de mi familia. El drama y la incertidumbre se instalaron como constantes compañeros en nuestro día a día.

Con la irrupción de este “microorganismo invasor” tan misterioso y temido, vimos como en el mes de marzo se cerraron los colegios. Pocos días después, el Gobierno Español proclama el Estado de Alarma para enfrentar la devastadora crisis sanitaria desencadenada por el Covid-19.

El confinamiento nos arrojó sin previo aviso. Nunca concebimos la idea de enfrentar una situación así: tan cruda, tan desgarradora, tan abrupta y melancólica. Con el paso de los días, la palabra "pandemia" se talló en nuestra piel, dejando de ser un término relegado a las páginas de los libros de historia para convertirse en nuestra realidad palpable. Pensábamos que tales calamidades ya no nos tocarían en esta era moderna. Pero esa forma de asumir las cosas me hizo recordar las palabras de Arthur Golden: "Uno nunca debe decir nunca, así como uno nunca debe decir siempre."

En marzo, las puertas de nuestra casa se cerraron, dejándonos aislados y distantes de amigos, colegas de trabajo y de nuestras actividades de ocio. Pero lo más doloroso fue la separación de la familia. La mía es grande; tengo la fortuna de contar todavía con mis padres, tres hermanas, cuñados, sobrinos, a mi increíble esposa (que por alguna razón prefiere mantener su nombre en el anonimato) y la joya de mi vida: mi hija Sofía.

En medio de este tumultuoso periodo, una bendición inesperada fue el tiempo invaluable que pude disfrutar con mi pequeña y mi Mujer. Este regalo contrasta con los desafíos constantes que presentaba mi trabajo. La búsqueda del equilibrio entre la vida laboral y la familiar ha sido siempre un reto para muchos, incluyéndome. Debe ser por algo como eso que

IZQUIERDA: SIN CORREGIR

perderme momentos importantes. Estos despertares todos los días con abrazos y “buenos días, Papi” no tenían precio. Cuando intentaba hacer algo de ejercicio en casa, en cuanto Sofía me veía preparado para hacer flexiones, me colocaba algo que hacía de ronzal, cuerdas, me ponía un cuenco con agua por si tenía sed por el camino y un platito con galletas por tenía que comer (aunque no estaba seguro si eran para mí o para ella, ya que sorprendentemente no conseguía probar ninguna). Con entusiasmo, se subía sobre mi espalda, exclamando “vamos caballo, vamos!”. Disfraces que no faltaban, fui todo tipo de animales, superhéroes, princesas, con maquillajes y coronas incluidas, ¡cómo no! Pasábamos más tiempo en familia, los tres juntos, y era muy gratificante.

De los parques y los paseos nos podíamos olvidar. Y ahora que lo pienso, ¿podríamos haberle pedido al vecino que nos prestara a su perro, para sacarlo de paseo, no?

Recuerdo como Sofía deseaba que llegaran las 20 horas para salir al balcón y poder aplaudir a esos sanitarios que hacían un inmenso trabajo para salvar muchas vidas. También recuerdo aquellos momentos como nos comunicamos a través de videollamadas, bromeábamos con la situación que estábamos viviendo. Subíamos de vez en cuando a la azotea del edificio, donde se encontraban más vecinos como nosotros, sobre todo con algún niño pequeño. Por supuesto manteníamos la distancia de seguridad y mostrábamos consideración respecto a la situación que se estaba viviendo en España y en el mundo.

En aquellos momentos en Murcia no teníamos casos detectados. Comentábamos que los murcianos estábamos hechos de otra pasta, que el limón y nuestro clima tenía que salir a la luz. Y aunque éramos conscientes de todo lo que sucedía en el resto de los países de nuestro planeta, lo sentíamos muy lejano. Mientras tanto, los hospitales de toda España estaban colapsándose debido al aumento de casos de personas afectadas por el coronavirus, y gradualmente comenzaron a aparecer casos aislados en Murcia. Finalmente, llegamos a encontrarnos en la misma coyuntura que resto de las ciudades.

DERECHA: CORREGIDO:

Nietzsche escribió: “Lo que no te mata te hiere de gravedad y te deja tan apaleado, que luego aceptas cualquier maltrato y te dices a ti mismo que eso te fortalece...”

Durante todos estos meses de reclusión, fue un tiempo para reinventarnos, para buscar maneras de entretener a una pequeña de tres años, permitiendo que nuestra imaginación desplegara sus alas. Jamás pensé que sería capaz de idear tantas actividades lúdicas y momentos de alegría para nuestra “peque”. Y sí, he de admitir que a veces, cuando sentía que ya no quedaban juegos por descubrir, mi Mujer surgía, cual hada mágica, aportando siempre un nuevo entretenimiento o una idea brillante para hacernos sonreír.

Observar a nuestra hija crecer día tras día y ser testigo de cada uno de sus logros fue un regalo del cielo. Esos amaneceres en los que me despertaba con sus tiernos abrazos y un dulce “buenos días, Papi” serían imposibles de olvidar. Cuando intentaba apartar un rato para hacer ejercicio en casa, apenas Sofía me veía listo para mis rutinas de flexiones, rápidamente improvisaba un ronzal con cuerdas, me dejaba un cuenco de agua - por si el esfuerzo me provocaba sed - y un platito con galletas como provisión. Aunque, entre risas, no estaba del todo seguro si esas galletas eran para mí o para ella, pues curiosamente nunca llegué a probar ninguna.

Luciendo unos ojos fulgurantes y llena de entusiasmo, Sofía se encaramaba en mi espalda gritando: “¡Arre caballo, arre...!”. No había día que no jugásemos a ser alguien o algo diferente. Me convertí, bajo sus instrucciones, en toda clase de animales, superhéroes, e incluso en princesas con su respectivo maquillaje y corona. Estas actividades nos permitieron pasar más tiempo juntos en familia, convirtiendo cada momento en algo inolvidable y sumamente gratificante.

De los parques y los paseos tuvimos que despedirnos temporalmente. Reflexionando en retrospectiva, me surge una idea traviesa: ¿acaso no podríamos haber pedido al vecino que nos dejara pasear a su perro? Habría sido una buena excusa para salir, ¿verdad?